

CUENTOS RELÁMPAGO

Luis Bernardo Pérez

ILUSTRACIONES DE Emmanuel Peña

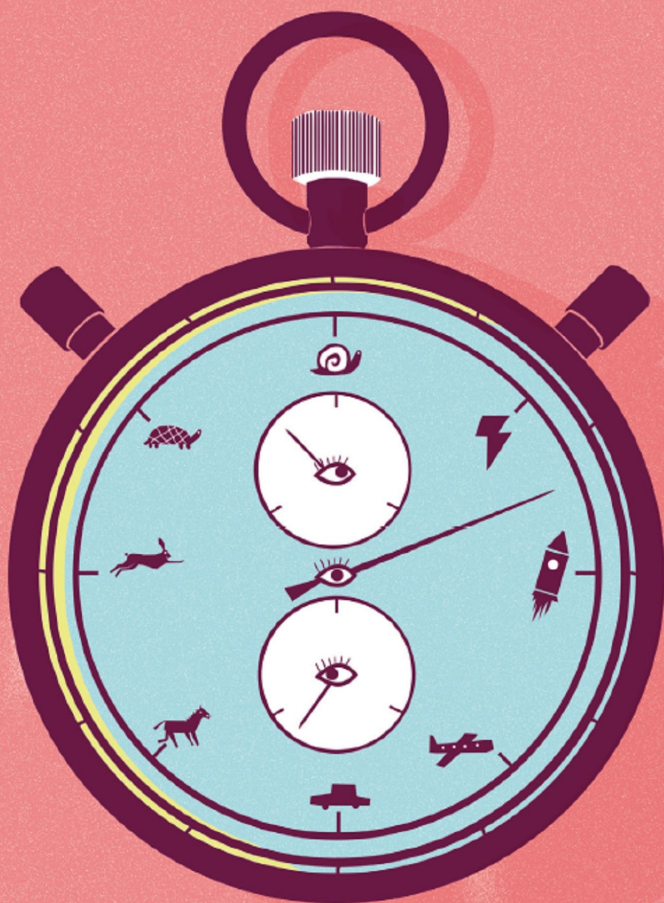


Ilustración de portada: Emmanuel Peña
Ilustraciones de interiores: Emmanuel Peña
Diseño de interiores: Estudio Mano de Papel

© 2020, Luis Bernardo Pérez

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETALECTOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo,
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-628-7591-02-8

ISBN 10: 628-7591-02-1

Primera edición en Colombia: febrero de 2023

Impresión: xxxxxxxxx

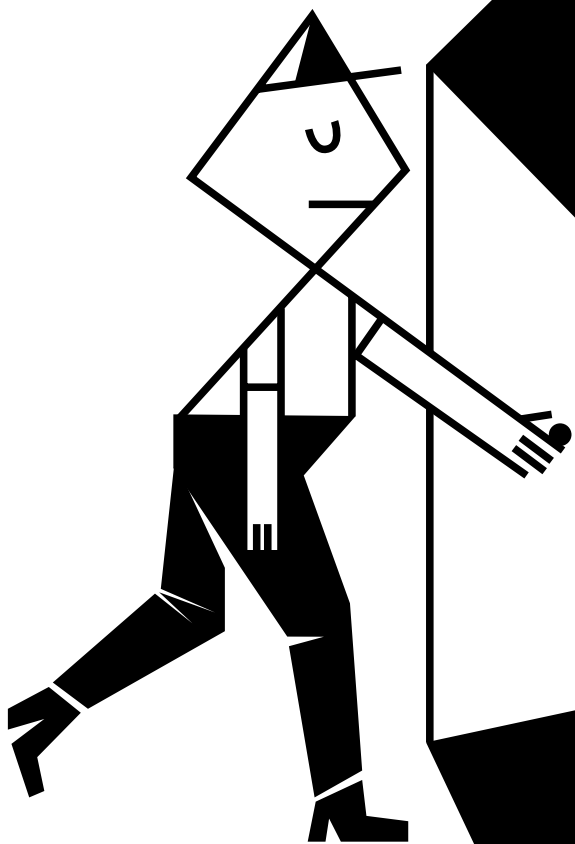
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

CUENTOS RELÁMPAGO

Luis Bernardo Pérez

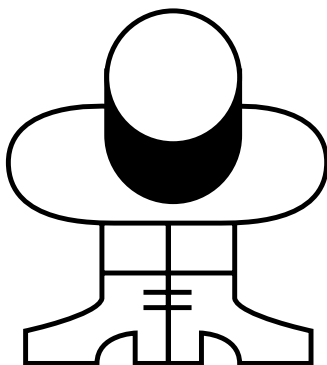
ILUSTRACIONES DE **Emmanuel Peña**



EL OTRO LADO DE LA REALIDAD

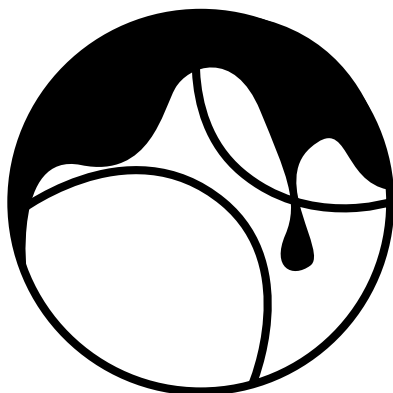
EL CLIENTE I

Un hombre sin cabeza entra en una sombrerería y señala con el dedo la gorra de marinero griego exhibida en el escaparate. Luego saca un billete del bolsillo y lo extiende sobre el mostrador. El dependiente, azorado y tembloroso, va por la gorra y se la entrega al insólito comprador, quien la toma y sale del establecimiento con toda tranquilidad. Tras recuperarse de la impresión, el empleado se percató de que en el billete figura un prócer que tampoco tiene cabeza.



REENCUENTRO

Sentado en la banca de un jardín público, el viejo evocaba su vida y sus amores cuando, de pronto, vio venir a su cachorro, Duque, que traía en el hocico la pelota que él le había lanzado, en ese mismo parque, cincuenta años atrás.



SORPRESA

En medio de las burlas del populacho, los condenados subieron al cadalso para sufrir, uno a uno, la mortífera eficacia del aparato que el doctor Guillotin hizo famoso. El último fue un aristócrata que, a diferencia de los otros, no mostró miedo ni intentó resistirse. Indiferente, ofreció el cuello a la avidez del acero. Por un error de cálculo, su cabeza no cayó dentro del canasto dispuesto para tal fin, sino que fue a estrellarse contra el piso y se quebró como una cáscara de huevo. Entre estupefacta y decepcionada, la multitud descubrió que, en lugar de sesos y sangre, el cráneo partido revelaba un mecanismo compuesto por ruedecillas dentadas, pernos y diminutos resortes.

ARACNÓPOLIS

Durante décadas, en la penumbra de la casona abandonada, sucesivas generaciones de arañas tejieron y tejieron afanosas hasta crear con sus telas una soberbia ciudad. Era una urbe traslúcida, flotante y sutil, con amplias calles, hermosas plazas y altos edificios. Deseosas de presumir su destreza arquitectónica y sus conocimientos urbanísticos, invitaban a las moscas y a otros insectos a visitarla. El turismo floreció en aquel lugar, pero poco a poco los clientes escasearon hasta desaparecer por completo.

DESCALIFICACIÓN

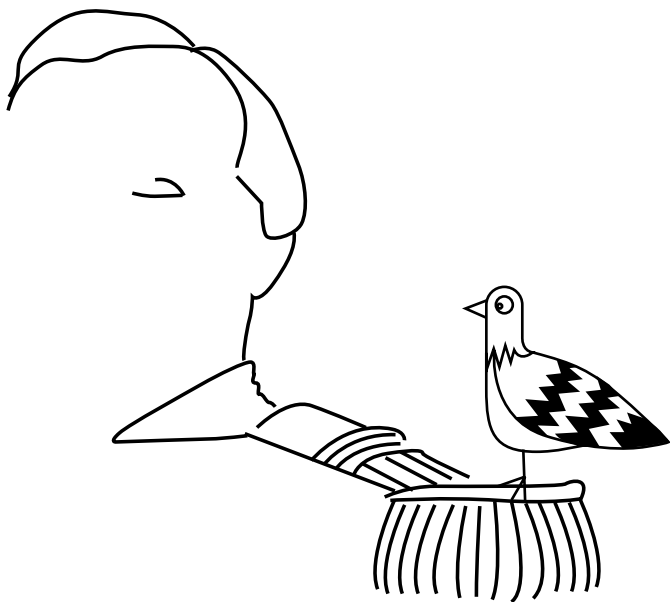
Pocos recuerdan el enfrentamiento final de los dos más encarnizados rivales que ha dado la lucha libre. Aquella noche de 1977, el técnico Ángel Misterio se subió a la tercera cuerda para realizar su famoso *tope angelical*, pero en lugar de caer sobre el rudo Silver Star, que casi estaba vencido a esas alturas, se elevó por encima del ring y, volando sobre los espectadores, abandonó la Arena Coliseo. Este hecho, como era de suponerse, hizo que el réferi descalificara a Ángel Misterio y diera la victoria su oponente.

HALLAZGO I

Un hombre llega al consultorio de un oftalmólogo quejándose de una molestia en el ojo derecho. Al examinar el interior de la pupila, el médico descubre, flotando en el humor acuoso, a una diminuta bailarina de ballet que ejecuta, con gracia inigualable, algunos pasos del segundo acto de “Giselle”.

HÉROE PATRIO

Cuando nadie está mirando, la estatua de bronce instalada en la plaza aleja a manotazos a las irrespetuosas palomas que todas las mañanas insisten en ensuciarle las charreteras y la gorra de general.



EL CLIENTE II

Después de casi ocho horas de aguantar clientes insufribles, ignorar las insinuaciones del cocinero y tolerar los gritos del gerente, lo único que quiere es terminar su turno sin contratiempos. Sin embargo, parece que su deseo no se cumplirá, pues el cliente de la mesa cinco se niega a pagar la cuenta. Para ello ha recurrido al pretexto más idiota que ella haya escuchado jamás:

—Discúlpeme. Lo que pasa es que de dónde yo vengo ya no utilizamos dinero.

Martha suspira. Le duele la espalda y los pies la están matando. Se dice que no es su problema y está a punto de llamar al gerente. Pero luego siente pena por el aquel joven flaco de rostro ingenuo y sonrisa fácil. No le gustaría que el gerente lo golpeará como ha hecho con otros pobres diablos que intentaron comer gratis. Además, el tipo solamente tomó una taza de café.

—No sé de dónde viene usted y no me interesa. Solamente pague y váyase.

—Ya le dije que no uso dinero, señorita.

El cliente no parece un vago. A lo mejor sólo es un

loco. En parte por cansancio y en parte por lástima le dice en voz baja:

—Mire, salga sin hacer ruido. Yo me ocuparé de su cuenta; también he pasado por malos momentos.

—No estoy pasando un mal momento —le aclara el joven sonriendo—. Entré aquí por curiosidad. De donde yo vengo, este tipo de lugares ya no existen.

—Como sea, pero váyase —lo apura Martha mirando a su alrededor para asegurarse de que el gerente no los esté viendo.

—Pues muchas gracias. La próxima vez que venga, le pagaré. Se lo prometo.

El cliente se va, Martha recoge la taza y la lleva a la cocina. Después se quita el uniforme, corre para alcanzar el autobús y se olvida del incidente.

Veinte años más tarde, ella trabaja en un restaurante de comida china. Un joven flaco de rostro ingenuo entra y se dirige hacia ella.

—Hola. Vengo a pagarle. No pude venir antes porque mi máquina sufrió un desperfecto.

Martha mira al joven sin reconocerlo y sin comprender.

—Tome esto. De donde yo vengo esto no vale mucho, pero a usted puede servirle —le dice mientras le entrega un pesado lingote de oro.